

Cambio climático y pobreza

Araceli Damián*

La reunión de Cancún sobre cambio climático hizo evidente la incapacidad de la comunidad internacional para establecer estándares de producción y consumo que reduzcan de manera efectiva la producción de gases efecto invernadero. Los compromisos de países y organismos internacionales no son vinculantes sino voluntarios, lo que reduce la posibilidad de detener el calentamiento global.

Lo anterior a pesar de que los reportes de la comisión especial de Naciones Unidas sobre el tema alerta sobre el aumento de eventos extremos hidrometeorológicos (EEH) provocados por la actividad antropogénica, lo que constituye una amenaza para la población en general, pero sobre todo para los pobres.

La respuesta de los organismos internacionales a este fracaso ha sido promover el establecimiento de medidas de adaptación a desastres con el fin de reducir las pérdidas humanas y materiales causadas por los EEH. De ahí la importancia del fondo verde que busca reducir los riesgos asociados a los desastres provocados en los países pobres.

La preocupación de los organismos internacionales se debe a que los riesgos de pérdidas económicas han aumentado, sobre todo en estos países, lo que puede borrar los “avances” ganados en la materia, constituyéndose esto en un factor que reducirá la capacidad de pago y aumentará la necesidad de brindarles financiamiento “fresco” para que los países pobres hagan frente a las tareas de reconstrucción y saneamiento requeridas en las zonas afectadas, así como para la reubicación de la población hacia áreas de menor riesgo.

Hasta ahora la evidencia empírica apunta a que la población de los países ricos enfrenta un riesgo de muerte y afectación menor a la que padece la que vive en países de ingreso medio y bajo. No obstante, al interior de los países ricos son los pobres y la población vulnerable (ancianos y niños) los que viven las peores consecuencias de estos eventos.

Al interior de los países, la pobreza determina en gran medida la ubicación riesgosa de las viviendas y el grado de precariedad de éstas, además de que los

pobres tienen mayor vulnerabilidad económica y por tanto, menor capacidad de respuesta ante tales eventos debida a bajos ingresos, inestabilidad laboral, falta de acceso a servicios públicos, etc.

Existe una relación circular entre pobreza y eventos extremos debido a que el aumento de éstos se convierte en factor constitutivos de pobreza, es decir, quienes pierden total o parcialmente su vivienda, muebles y equipos domésticos, así como los que dependen del medio ambiente para la producción, sufrirán una merma importante en su nivel de vida. Por tanto, a la pobreza inicial se añadirán los riesgos derivados de tales amenazas.

En nuestro país la mayoría de los EEH que han afectado a la población se han concentrado en localidades ubicadas de manera próxima a costas, márgenes de ríos y presas (como Cancún, Tabasco y Veracruz). No obstante, entidades como el DF o Morelos también han padecido cambios bruscos de temperatura e inundaciones que afectan tanto la salud como el patrimonio de los pobres.

Los efectos negativos son mayores en zonas con escasa infraestructura (caminos, puentes, etc.) y de servicios públicos (agua, drenaje, etc.) debido a la dificultad de proveerles auxilio en momentos críticos. En las grandes ciudades la saturación y congestionamiento de la infraestructura y servicios también impone retos para la atención de la población durante y después de los EEH. No podemos desconocer la existencia de población en situación de calle que es particularmente vulnerable a los efectos negativos de los eventos extremos.

La pobreza tiene características que hacen más vulnerable a quienes la padecen. Por un lado, el hacinamiento es elevado, sobre todo en las ciudades debido al alto costo del suelo urbano, aumentando su exposición y padecimiento de enfermedades infectocontagiosas, que se exacerban en periodos de temperaturas muy elevadas o muy bajas, así como durante las inundaciones.

De igual forma, los hogares pobres tienen una proporción mayor de población dependiente (menor de 15 y mayor de 69 años de edad), que los no pobres (34.8% frente a 22.5% en el DF), siendo ésta la que generalmente corre mayores riesgos, tanto de accidentes como de enfermedad ante los EEH.

Además, en las ciudades los pobres pasan más tiempo a la intemperie debido a los tiempos de espera para tomar el transporte hacia y desde el trabajo, escuela y áreas de abastecimiento, y son los que realizan en mayor proporción su actividad económica al aire libre (vendedores ambulantes o en puestos semifijos) lo que agrava su vulnerabilidad.

Si bien son los gobiernos y las grandes empresas los responsables de esta situación, no hay que olvidar que nuestras formas de consumo contribuyen al aumento de los problemas ambientales. Felices fiestas.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx